

La colección Intervenciones promueve discusiones sobre temáticas de género e identidad en vinculación con las relaciones culturales, económicas y políticas en las sociedades contemporáneas. Muestra el compromiso de la Universidad con la defensa y la protección de los derechos de las personas.

Celebro leer en estas páginas escritas por Facu Soto los testimonios de César y de quienes lo conocieron o quisieron. Vivificar su rostro, tensionar su voz y las trazas del contexto histórico es lo que se propone el autor en esta biografía, la única, la primera —y por eso mismo— tan justa y tan a tiempo, en una época en la que pareciera haber una preselección de aspirantes a ser los próceres del movimiento. [...]

Esta biografía tan laboriosa, que tanto agradezco, irá develando al lector los meandros de una personalidad carismática, un liderazgo generoso que debe ser homenajeado junto al de los grandes. Debe ser cabecera de playa contra quienes buscan su olvido como sujeto esencial del movimiento LGTBI+ de la Argentina.

Del prólogo de Alejandro Modarelli

Facu Soto

Narrador, poeta, periodista y psicólogo. Colabora en el suplemento Soy de *Página/12* desde 2010 y en las revistas *Gente Rara* (Venezuela) y *Gay + Art* (España). Realizó reseñas de libros en *El Interpretador*. Entre 2011 y 2016 fue coeditor de Conejos Editorial. Desde 2014 coordina el Laboratorio de Literatura Gay-Queer en el Centro Cultural Ricardo Rojas. Dio charlas y conferencias sobre teorías queer (Universidad Federal de Río de Janeiro, Feria del Libro, Colegio de Psicólogos, Universidad de Flores, Dispositivo Pavlovsky, entre otros). Es director de la Diplomatura en Diversidad Sexual y profesor adjunto de Diversidad e Inclusión, ambas en la Universidad de Flores (UFLO).

Facu Soto

Todas reinas

César Cigliutti: 24 años de presidencia en la Comunidad
Homosexual Argentina

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Facu Soto. Todas reinas : César Cigliutti : 24 años de presidencia en la Comunidad Homosexual Argentina / Facu Soto. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2022.
Libro digital, EPUB. - (Intervenciones)

ISBN 978-987-630-642-3

1. Biografías. 2. Identidad Sexual. 3. Sexualidad. I. Título.
CDD 306.766

EDICIONES UNGS

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2022

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@campus.ungs.edu.ar

ediciones.ungs.edu.ar/

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa - Ediciones UNGS

Diseño de tapa: Daniel Vidable

Ilustración de tapa: Washington Cucurto

Diagramación: Eleonora Silva

Corrección: María Inés Castaño

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados.



Libro
Universitario
Argentino

ÍNDICE

PRÓLOGO.

UNA LOQUESA DE FINA ESTAMPA, PUENTE DE LAS DIFERENCIAS

CAPÍTULO 1.

LA ALDEA GAY

El lugar

La aldea gay y la CHA: dos comunidades

El desalojo: pobres y disidentes sexuales

Debajo del puente

CAPÍTULO 2.

CÉSAR ENTRA A LA COMUNIDAD HOMOSEXUAL ARGENTINA

Breve historia de la cha

César ingresa a la CHA

Carlos por César

Las dos etapas de la CHA

Política de visibilidad de la CHA: la primera solicitada

La CHA contra la represión policial

El cine homosexual de la época y las reseñas

La oficina de la CHA

Por el libre ejercicio de la sexualidad

Comienzos

Los primeros pasos de César en la CHA

Carlos escribió sobre la CHA

El contexto cultural y pop del país

El mito del origen

Contramano

La cartilla de seguridad (para llevar encima)

Nuestro derecho es la denuncia

Old Bricks

¿Y las chicas?

Grupo de mujeres en la CHA

Detenciones en democracia por ser gay

Primer festejo: Día Internacional de la Dignidad

Homo-Eroticón
El activismo de César
24 x 7
El abogado Pizzi

CAPÍTULO 3.

DESPUÉS DE LA MUERTE DE CARLOS

Las dos CHA
El CHA
Carlos y César
La salida del clóset de César
Sobre la “a” de loca
La identidad marica
GaysDC
Carlos escribe sobre GaysDC
César reflota la CHA
Marcelo y César en *Clarín* del domingo
Alejandra Sardá, Ferreyra y César

CAPÍTULO 4.

TODO EL TIEMPO QUIERO ESTAR ENAMORADO

NX
Todo el tiempo quiero estar enamorado...
Marcelo Suntheim
Juego de seducción: Marcelo ve a César por primera vez
La cena de los viernes en el departamento de la calle Paraná
Los vecinos
Otra historia de amor: César y Marcelo Ferreyra
Triángulo de amor bizarro
De los pelos largos al cuero y los bigotes
Primer Encuentro Nacional de Minorías Sexuales en Rosario
Kenny de Michelli: la estrella primera
Viaje a Estados Unidos
Road movie
Nadia y Marlene llegan al departamento de la calle Paraná
Lohana, Marlene y Nadia
César no dejaba agravios sin contestar
César y María Cristina
César en familia
Proyectos inconclusos
Road movie en la Argentina
Desarraigo
Películas

Adopción

CAPÍTULO 5.

UNIÓN CIVIL

Igualdad

Aprobación de la primera Ley de Unión Civil de Latinoamérica

Unión en el Registro Civil

Contexto de esos años

La primera unión civil de la Argentina en todos los diarios del mundo

El origen de la unión civil

La unión civil como antecedente del matrimonio igualitario

Preparativos

Matrimonio en España

Después de la unión civil

Debate sobre el matrimonio igualitario y la adopción

César oral

CAPÍTULO 6.

CÉSAR ÍNTIMO

Solidaridad

El papá militar

La militancia de César contra la Iglesia vaticana

Buda-Arte

Sobre la fe de César

CHA horizontal

Intimidad

Niñez

Perfil de César

El hombre del traje: “una marica básica”

CAPÍTULO 7.

ACCIONES POLÍTICAS Y MEDIOS

Campaña por el derecho a la donación de sangre

Cruising

Los noventa: la visibilidad lésbica

El destape lésbico: Sandra y Celeste

Escrache a Jorge Enríquez

Varones trans

Mónica Santino, presidenta de la CHA

Cartografía lésbica: bar de tortas

Visibilidad y medios de comunicación clase B

Los almuerzos de Mirtha Legrand

Revista *7 días*

Visibilización en el Ministerio de Defensa
Encadenamiento en la Nunciatura

CAPÍTULO 8.

HOTEL MARICAS Y TRAVAS

CHA: sede Tomás Liberti
César y Suntheim pasan a ser conocidos
Activismo y remeras
César foucaultiano
Comunidad

CAPÍTULO 9.

EN BÚSQUEDA DE LA SALUD UNIVERSAL

Psicología cambalache
Las homosexualidades como enfermedad
Luana
Acompañamiento integral para personas trans
Despatologización travesti-trans: ¡ya!
Stop Sida: primera campaña pública de VIH-sida de una ONG en la Argentina

CAPÍTULO 10.

ÁREA DE CULTURA

Activismo cultural
Actividades culturales
Los recitales en las marchas
Arte
La donación de León Ferrari a la CHA
Fundadores de la semana del orgullo
Semana del orgullo en Belleza y Felicidad
Imágenes y palabras de la discriminación
Trans, policías y Mirtha Legrand

CAPÍTULO 11.

CARTOGRAFÍA DEL DESEO

Búnker
Banda de sonido
Policía
Búnker por su dueño
El famoso túnel de Búnker
Patrullaje en la zona roja
Confusión
Arias
Teteras

Tarjetas para pasar
El yire
Trabajo y homosexualidad
El sida en las calles
Nombre de guerra
El miedo a la policía y las precauciones
El terror del sida
Robo a homosexuales

CAPÍTULO 12.

TODAS LAS MARCHAS, TODAS...

Primera marcha del orgullo: libertad, igualdad, diversidad
La antesala de la primera marcha
Antes de la primera marcha: Día de la Dignidad Homosexual
1993. Iguales y libres en la diversidad
1994. Visibles para ser libres e iguales
1995. Vigilemos a la policía
1996. La discriminación nos condena. La policía nos mata. Seguimos de pie
1997. Celebramos la vida con orgullo, repudiamos la discriminación y la violencia
2000. Orgullo de ser, derecho a estar
2001. Diez años defendiendo nuestra libertad
2003. Vamos por todos nuestros derechos
2004. Toda la sociedad por el derecho a la diversidad
2007. Nuestro festejo es reclamo: igualdad, libertad, diversidad
2008. ¡Voten nuestras leyes!
2009. Libertad e igualdad de derechos. No al Código de Faltas
2010. Vamos por más, ¡Ley de identidad de género, ya!
2012. Educación en la diversidad para crecer en igualdad
2016. ¡Ley antidiscriminatoria, ya! Sigamos conquistando derechos

CAPÍTULO 13.

ESTUDIOS QUEER: “EN EL ORIGEN DE NUESTRA LUCHA ESTÁ EL DESEO DE TODAS LAS LIBERTADES”

Películas
Estudios queer
Filosofía queer y zapatos de goma: “En el origen de nuestra lucha está el deseo de todas las libertades”
César bibliófilo
La CHA se enfrenta a la discriminación de la Iglesia vaticana

CAPÍTULO 14.

ÚLTIMA ETAPA

Depresión

Velatorios
Separación
El cierre de una etapa
La CHA en América
Crímenes de odio, no asaltos
Homenaje al FLH y reconocimiento a nuestra historia por parte de César
Discurso de César contra la discriminación
Ciudadano ilustre
Salida de la organización de las marchas
Los últimos días
Pandemia
Últimas publicaciones en Facebook (durante la pandemia, en 2020)
Los últimos días
Fallecimiento
Velatorio
Homenaje en la Casa Rosada

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO.

UNA LOQUESA DE FINA ESTAMPA, PUENTE DE LAS DIFERENCIAS

Dos auxilios junto al teclado de mi computadora, antes de aventurarme a prologar *Todas reinas*. El primero, una foto de César Cigliutti, el amigo de toda una vida, a mi izquierda. Es la misma imagen que pende en el Salón de las Mujeres y de, ¡ay!, ese resumen burocrático nombrado “Disidencias”, en la Casa Rosada. Un rostro, el suyo, que parece cargado de responsabilidades. Quizá, en ese instante del relumbrón de la cámara, pensaría que sus años ya eran los últimos, y en el gesto ensayaba el modo en que quería quedar retratado para la posteridad. Hablar de un amigo de la íntima adolescencia, agasajado tras su muerte en un acto institucional con el discurso del presidente, me transforma en una prótesis de memoria emocionada, que escribe y borra y reescribe, porque yo sigo vivo, más o menos intacto, y se me pide ahora que, con urgencia, atraviere hacia atrás el puente que me separa de él, pero llevando sobre el suelo su fantasma hacia adelante, que tan liviano me pesa.

Soy hospitalario con el espectro; soy ahora su casa, en la que me acompaña y discutimos desde el 31 de agosto de 2020, la fecha de su muerte. Me niego a dejarme descansar de él, y por eso busco navegar acá sobre lagunas mentales de donde desenterrar tesoros adquiridos en común y sobreseer enojos nunca expresados. Celebro leer en estas páginas escritas por Facu Soto los testimonios de César y de quienes lo conocieron o quisieron. Vivificar su rostro, tensionar su voz y las trazas del contexto histórico es lo que se propone el autor en esta biografía, la única, la primera –y por eso mismo– tan justa y tan a tiempo, en una época en la que pareciera haber una preselección de aspirantes a ser los próceres del movimiento. Porque, debo quejarme, existen quienes han de-

cidido mudar al espectro hacia la última fila del salón de los ilustres, desatendido y arrumbado en la penumbra de Carlos Jáuregui, y lo cierto es que César ha fatigado junto a él, y a la par de él, una fecunda militancia desde los años ochenta, cuando se hermanaron, y se ganó de la misma manera un sitio de legítimo privilegio dentro del proyecto comunitario de liberación: un programa de visibilidad derivado en conquista de derechos, emergido en intensas interlocuciones y fértiles festicholas en el ya famoso departamento de la calle Paraná 157 que, siendo de su propiedad, abrió a todo el activismo, incluida Lohana Berkins (otro bello liderazgo), ensanchando el horizonte de batallas en los años noventa. Cuando fue declarado ciudadano ilustre de la ciudad de Buenos Aires, en mayo de 2011, escribí sobre él en el suplemento SOY de *Página/12*: “Si de la ambición de un nombre y un rostro reconocibles casi nadie huye, admitamos que esa identidad no fue construida sobre la seducción de una carrera política modificable y redituable según el oferente, ni cuando el término ‘derechos LGTBIQ+’ se convirtió en Occidente en una fruta madura y nadie mataba ya al mensajero, sino cuando en la casa familiar se lloraba la decisión del chico de salir a la batalla sin el casco del anonimato puesto, todo entonces era pérdida, y se lloraba sobre todo que el apellido quedara asociado públicamente a algo tan espinoso como la homosexualidad”. Otros tiempos para salir a la lidia en la arena pública.

Además de la foto de César, paso revista a *Diario de un sueño* (2021), del pensador francés Guy Hocquenghem, en cuyos artículos sobre la homosexualidad encuentro descripta aquella atmósfera revolucionaria de los años setenta, poco antes de que César, en Buenos Aires, se nombrase a sí mismo como lo nombraban otros en secreto, a sus espaldas. Era un momento ardiente en el norte del planeta, del que, tanto él como yo, éramos ajenos. Del colegio católico al útero parroquial del barrio, como en La Plata Carlos Jáuregui, la ebullición sexual quedaba restringida, asfixiada, en el interior de cuerpos disciplinados por el dogma. Nada sabíamos, todavía, de insurrecciones homosexuales organizadas una década antes, previo a la dictadura.

Ese era el estado de inocencia pequeñoburguesa en el que vivíamos en la mitad de los setenta, encorsetados por un uniforme

de colegio privado, sin tener noticias siquiera de quienes nos estaban precediendo entonces en la militancia. El Frente de Liberación Homosexual (FLH) estaba ensayando, sin suerte, en un matrimonio con la izquierda revolucionaria, y nosotras todavía de rodillas (y sin haber descubierto el sabor de la mamada) en el confesionario. Mi querido Héctor Anabitarte, que se exilió en España y vive en Aranjuez, y Néstor Perlongher, muerto en San Pablo, debatían ahí sobre estrategias y alianzas políticas, aunque ya sabemos que la Rosa L. de Grossman (el seudónimo que usaba Perlongher) solía argumentar fuerte y convencer, incluso cuando se equivocaba. Pero enseguida se apagaron los fuegos de aquellas rebeliones, sobrevinieron en el centro del mundo la resaca del mayo francés y los efectos post-Stonewall de la asimilación, y el sueño de una emancipación universal se desgranó en parcelas de humillados y reivindicaciones particularistas. La emancipación, con los años, se fue separando del sueño universalista, y los ochenta –a mediados de los cuales César ingresó a la Comunidad Homosexual Argentina (CHA)– inauguró agendas propias, insulares. Incluso en el ámbito de la lucha contra el VIH-sida, el grupo Act Up pregonó quejas contra el resto del activismo, al verse su lucha más o menos archivada en los discursos del *pride* jubiloso, según leemos en *Manifiestos gays, lesbianos y queer. Testimonios de una lucha (1969-1994)*, reunidos por Rafael Mérida Jiménez (2009). A través de estas lecturas, vamos cayendo en la cuenta de que, si el orgullo fue la respuesta política a la injuria, el modelo emergente terminó pringado de subjetividades de consumo, aquello con que el mercado modifica la escena de las proliferantes identidades hasta apolitizarlas.

César, creo que como intuición más que como efecto de las teorías, supo leer en ese pasaje del dolor heroico a la gloria jurídico-mediática del movimiento LGTBIQ+ (por supuesto que la sigla es una concesión al anacronismo) la amenaza de su ingesta por la maquinaria neoliberal. Tanto los manifiestos de las organizaciones post-Stonewall, como también Hocquenghem o el escritor Jean-Louis Bory combatían en nombre de la afirmación de su diferencia homosexual, crítica y no plana, entrelazada con todas las diferencias, todas las minorías, todas las opresiones. Por ese motivo, hay que revisar la capacidad profética de la consigna “En

el origen de nuestra lucha está el sueño de todas las libertades”, que pasó de Gays por los Derechos Civiles –GaysDC– a la CHA, a fines de los años noventa. Un suelo común donde pensar un programa cuya sede predilecta se levantase en las orillas de la democracia y no en su centro comercial. Pedro Lemebel, en Chile, solía jugar con el significante “democracia” y lo trastocaba en “demosgracias”. De esas gracias estaban excluidas las locas, tortas y travas, que no tenían más que pobreza para aportar al paisaje urbano.

Tocar la diferencia, y ser tocado por ella, para maricas amigas pequeñoburguesas como César y yo, crecidas en la fortaleza perfumada de un barrio como Belgrano, había tenido su momento originario en la adolescencia, en las visitas parroquiales al Cottoengo Don Orione. Ahí se sacrificaba el olfato en la cruz de los olores más violentos, se recorría el jardín de los cuerpos muertos no muertos. En fin, volvíamos en auto mudos. Heridos, sanábamos rápido, para al poco tiempo juntar ropa en desuso y enviarla envuelta con prolijidad a aquella dimensión tan extraña a nuestra cotidianeidad.

Tengo para mí –e intuyo que Facu también– que aquella responsabilidad cristiana transitoria que asumíamos en el Cottolengo, al igual que Carlos Jáuregui en su paso por los grupos religiosos, pudo haber dejado su huella en la capacidad de César, años más tarde y ya al frente de la CHA, de buscar fundirse (a fines del siglo pasado) con los habitantes de la aldea gay, que Facu razonablemente ha colocado en el centro de sus inquietudes y al comienzo del texto. La puesta del cuerpo activista en la batalla contra el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, junto a aquellas locas cartoneras castigadas por la miseria y la topadora, que veían arrasado el rancherío donde habían vivido en comunidad abyecta y amorosa durante años, sin luz ni agua potable a la orilla del Río de la Plata, detrás de la Ciudad Universitaria en Buenos Aires, define la estampa de César como la loquesa que, contra su propia identidad social, su propia estampa tan bien administrada, corre al auxilio de los desposeídos, se mezcla en la humareda del despojo, se desgañita ante las cámaras de televisión que cubren el episodio como si se tratara de otro Guernica, comparte luego la ranchada de los desalojados bajo el puente y encuentra

ahí a un futuro chongo amante para, golpeando día tras día las puertas de los burócratas de la ciudad, conseguir un techo subsidiado para la mayoría. Y finalmente abre su propia casa, otra vez –una manera de abrirse él mismo– para alojar a quien en la aldea gay llamaban “la chilena”. Recuerdo aquellos tiempos con felicidad, no por afición al pintoresquismo, sino porque aprendí a manejar mi cuerpo mejor entre el baile y la borrachera, y porque despedía por fin y para siempre, en compañía de César, el aire frufú del barrio de Belgrano.

Vuelvo al concepto de tocar la diferencia y ser tocado por ella: aquel instante (acontecimiento) originario y traumático a partir del cual la propia identidad se derrama y se modifica, al incorporar a ella al prójimo no prójimo. A aquel, a aquella, que hasta entonces nos resultaba extranjero, lejano o directamente monstruoso. Se produce, entonces, el mestizaje. Tengo para mí que César, como ningún otro activista prominente, convirtió su condición de “señora” en cómplice del arrabal, para desde allí hacerse cuerpo en una comunidad pluriforme (prefería el término “comunidad” a colectivo, como bien se afirma en este libro), en la que todos estuviesen dispuestos a marchar el orgullo, en la calle codo a codo, dejándose arrobar en los mensajes al poder político, respirando, en fin, el humo de la periferia, sudando la carroza, exigiendo derechos y urgiendo escritorios ministeriales.

Loquesa, o loca con “a”, como señala Facu, que me lleva a otro recuerdo con el que cerrar este prólogo y que, de alguna manera, ya está contenido en esa pasión de César por dejarse transmutar por la diferencia. Era nuestro primer encuentro social con un grupo de gays amigos de un jefe suyo, una marica de las de antes. Me llevó un poco de bastón, como para animarse a cruzar a un mundo raro. Yo, muda al observar el jolgorio homosexual de entrecasa: varones que se hablaban en género femenino. César saltó enseguida sobre la maleza que nos separaba de aquellas locas, y loca quedó de inmediato, mestizada, rostizada, envuelta por lo que sentíamos diferente. Yo tardé. Quién sabe, pienso ahora, si en aquel hermoso aquelarre de tacoagujas imaginarios y gramática patas arriba no habrá surgido la primera decisión activista del futuro César Cigliutti de la CHA. La defensa irrestricta, como se suele decir en el lenguaje de la política, de la marica como subje-

tividad bélica contra el monstruo odioso de voz tonante que, en una vuelta de posición, nos lleva del placer al estanque donde habremos de ahogarnos.

Esta biografía tan laboriosa de Facu Soto, que tanto agradezco, irá develando al lector los meandros de una personalidad carismática, un liderazgo generoso que debe ser homenajeado junto al de los grandes. Debe ser cabecera de playa contra quienes buscan su olvido como sujeto esencial del movimiento LGTBI+ de la Argentina.

Alejandro Modarelli

CAPÍTULO 1. LA ALDEA GAY

Se sacó los anteojos, cerró el libro que estaba leyendo y, todavía con la historia en la cabeza, lo dejó en la mesita de luz. El libro era *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, de Murakami. Acarició la tapa celeste, con dibujos parecidos a los que hacía Joan Miró, y abrazó la almohada. Estaba acostumbrado a dormir con Marcelo Ferreyra, pero la relación estaba en un *impasse*. César ya había conocido a Marcelo Suntheim, pero todavía no había decidido con cuál de los dos Marcelos se iba a quedar. Le gustaba compartir la vida en pareja, y esa noche sintió el frío y la soledad.

Hacia unos meses, en la mañana del 25 de enero de 1997, José Luis Cabezas, reportero gráfico de la revista *Noticias*, había aparecido muerto en un campo cercano a la ciudad balnearia de Pinamar, provincia de Buenos Aires, tras una fiesta de cumpleaños en la casa del empresario postal Oscar Andreani. Había pasado poco menos de un año del día en que había logrado la foto que sacó del anonimato a Alfredo Yabrán. La cara del empresario era una de las más buscadas por los reporteros luego de que el ministro de Economía del gobierno de Carlos Menem, Domingo Felipe Cavallo, lo nombrara ante los diputados en el Congreso de la Nación como la expresión de “una mafia enquistada en el poder”. Los asesinos dejaron el cuerpo esposado, con un tiro en la cabeza, dentro de un auto incendiado. Cabezas tenía 35 años, y su asesinato ponía de manifiesto la alevosa agresión a la libertad de prensa y sembraba un sentimiento de impotencia y repudio frente al mensaje que nos estaba dando aquel gobierno. El 11 de octubre de 1997, el presidente Carlos Menem mantuvo su cuarta audiencia con el papa Juan Pablo II, dos semanas antes de que tuvieran lugar las elecciones legislativas en la Argentina.

Corría junio de 1997, el viento soplaba con violencia y balanceaba las copas de los árboles, que producían un chiflido como si se estuviera en el desierto, pero Marcelo Ferreyra y César estaban en la sede de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), que también era su casa. Cuando el viento amainó, a eso de las seis de la mañana, sonó el teléfono. Era una persona que César no conocía. El desconocido le contó que los iban a sacar de su precaria

casa, a él y al grupo de personas que vivían allí. “Otra vez vamos a tener que dormir en la calle. Van a pasar con una topadora por nuestro rancho”, le dijo el hombre mientras César se vestía. “Pásame la dirección, querida, que ya vamos para allá”, le dijo César antes de salir. Con las llaves de la camioneta en la mano y ya casi por salir, dándole el último sorbo a un café todavía caliente, César trataba de recordar el nombre de la persona con la que se iban a encontrar en unos minutos. Creía que se llamaba Pedro.

El lugar

Un árbol Paraíso, de hojas verde aceituna, fue el destino escogido para vivir por Pedro, el primer habitante del monte ubicado detrás de Ciudad Universitaria, en el barrio porteño de Núñez, cuando fue expulsado a la calle. Aquel árbol le sirvió de refugio. Cuando llegó, Pedro cortó los yuyos, sacó los cardos y, de a poco, fue armando su rancho. Enseguida lo llamó “mi casa”, y allí se cobijaron él y su pareja, otro hombre que cirujeaba, al igual que Pedro, quien decía que su trabajo era de “buscavida”. Fue así como los dos hombres gays, con cosas que desechaban las familias pudientes, armaron su casa. El lugar estaba tan apartado que cada vez que Pedro quería recargar un bidón de agua tenía que recorrer más de un kilómetro, desde su casa de chapa y cartón, hasta la canilla más próxima.

Con el paso del tiempo, Pedro y su pareja fueron invitando al rancho a otras personas conocidas que vivían en la calle, y así aquella “zona franca” fue acogiendo a un puñado de gays que consiguieron vivir sin tapujos ni discriminaciones. Pero además, una vez, Pedro le ofreció el lugar a una mujer con su bebé. En principio, era por una noche para que no pasaran frío, pero terminaron viviendo allí dos años.

El trío Soda Stereo, pionero en aparecer públicamente luego del regreso a la democracia y cuyos integrantes se mostraban con un *look* dark-gótico, llenos de maquillajes y con una imagen ambigua, se despidió de la escena en septiembre de 1997 en el estadio del club River Plate, con una puesta en escena descomunal y un repertorio que incluía clásicos de todos los discos ante una multitud eufórica. Dos palabras quedaron para la historia: “¡Gracias totales!”. Soda Stereo fue uno de los grupos de la época que promovían la amplitud mental y la libertad a través de la imagen, aunque en privado llevaran una vida convencional y adscribieran al viejo eslogan del rock que pregona sexo, drogas y rock and roll (y claro que ese *sexo* se refiere al heterose-

xual). El primer disco de Soda Stereo fue lanzado en agosto de 1984 y fue producido por Federico Moura, líder del grupo Virus, a quien le querían hacer decir en los reportajes que era gay, pero él lo decía en sus canciones, de forma metafórica, y también con sus actuaciones y sus movimientos en los shows y en los videoclips del grupo.

El asentamiento era de casas precarias y estaba habitado mayoritariamente por gays. Aquellas personas habían decidido formar una comunidad por afinidad, especialmente por sufrir la misma discriminación. Allí vivían también algunas travestis que habían sido expulsadas de sus hogares, cuando eran niñas, por expresar su identidad de género. Muchos gays vivían allí debido a que por su expresión femenina no conseguían trabajo. También vivía “la chilena”, una de las más populares del asentamiento, que se había exiliado de su país por la homofobia de la sociedad chilena. Hasta formaban parte de la aldea personas con vih, como Alexis, quien no llevaba una buena alimentación que le posibilitara su bienestar.

Frente a la imposibilidad de ser incluidxs en el mundo del trabajo, la mayoría de estas personas trabajaban como cartonerxs, revendiendo materiales encontrados en la basura, como latas de gaseosas que luego vendían en Gran Bourg. Para comer, se dirigían a los carritos de la costanera, en los que solían darles restos de comida. Algunxs trabajaban haciendo changas de albañilería, otrxs limpiaban casas de familia. Unx trabajaba de conserje, y otrxs cuidaban chicxs como niñerxs. Unxs pocxs se dedicaban a la pesca y a la venta ambulante.

Esta “aldea”, con sus precarios hogares (también llamados ranchos) construidos con chapas y cartones entre el monte y el río, se diferenciaba de las características villas urbanas por el tipo particular de cultura que unía a quienes allí vivían: la discriminación y la divergencia sexual y de género. La población del asentamiento, con el paso del tiempo, se extendió a un centenar de habitantes, incluidxs travestis y trans, y fue denominado “la aldea gay”.

La aldea gay y la CHA: dos comunidades

En un comienzo, la película *Happy Together* iba a llamarse *The Buenos Aires Affair* por el libro homónimo de Manuel Puig, en el que se había basado el guion. La película se estrenó en 1997, y por ella Wong Kar-Wai fue elegido como mejor director en el Festival de Cannes, además de haber recibido numerosos premios, entre ellos el Inde-

pendent Spirit. Para los medios del momento, resultó llamativo que una película de temática gay ocupase la primera plana de los suplementos culturales. “Espléndida, apasionante historia de amor homosexual, de amor a secas”, decía M. Torreiro en el diario *El País*. “Ejercicio audiovisual de llamativo virtuosismo y de inequívoca filiación posmoderna”, sentenciaba Carlos F. Heredero en *Cinemanía*. “Extraña y subyugante”, aseguraba Omar Khan, también en *Cinemanía*. El argumento, en breves líneas, era el siguiente: Lai Yiu-Kai y Ho Po-Wing viven una apasionada relación. Viajan desde Hong Kong a la Argentina (la película fue rodada entre Buenos Aires, Tierra del Fuego y las cataratas del Iguazú, con unas pocas tomas en Hong Kong), pero la llegada al nuevo país parece transformar las cosas, y Ho, de repente, abandona a Lai. Este comienza a trabajar como portero en un bar, con el único afán de reunir el dinero suficiente para volver a su país. Un día, Ho reaparece, pero las cosas ya no son iguales. El afiche muestra a los protagonistas acostados, revolcándose uno sobre el otro, en un campo al aire libre bajo un cielo celeste, rodeado de árboles. El tango, las calles de La Boca y de Barracas y los bares de Boedo lucen pictóricos, y los abundantes motivos porteños populares hicieron que esta película producida y protagonizada por orientales resultara tan argentina como los supermercados chinos que abundan en nuestra región.

Por aquellos años, lxs integrantes de la CHA solían encontrarse todos los viernes para cenar en la sede de la calle Paraná. A esos encuentros nadie tenía que llevar nada para comer porque la comunidad proveía a sus invitadxs. Un día, mientras todxs comentaban la película *Happy Together*, que había impactado tanto a lxs argentinxs, César se levantó de la mesa y dijo que a partir del encuentro del viernes siguiente necesitaba que todxs empezaran a llevar un alimento no perecedero. Lxs comensales se miraron extrañadxs, pensando que volvía la época en la que cada unx tenía que llevar algo para la comida de los encuentros. Sin embargo, César aclaró: “Es para llevar a la aldea gay”. Rápidamente, todos se pusieron de acuerdo y, a partir de allí, todos los viernes se juntaban alimentos para la gente de la aldea.

En 1997 también se estrenó *Wilde*, una película británica dirigida por Brian Gilbert. Está basada en la biografía de Oscar Wilde escrita por Richard Ellmann. Se trata de un film muy lavado, dirigido a un público conservador que no quiere saber sobre uno de los aspectos centrales de Wilde: su homosexualidad y cómo era contar con una orientación sexual disidente por aquellos años y en ese contexto victoriano. En la película no se soslayan las vivencias homosexuales de Wilde, sus amoríos, sus incontables devaneos eróticos y su relación con Alfred Douglas, el voluntarioso y destacado amante que tantos sobresaltos y angustias generaron en el escritor. Un año antes, en 1996, en Chile se había publicado *Loco afán: crónicas de sidario*, el segundo libro de Pedro Lemebel, una recopilación de crónicas maricas relacionadas con Chile y Latinoamérica, pero que resultó muy difícil de conseguir en la Argentina.

La CHA mantuvo una relación de varios años con la aldea, que iba desde la provisión de alimentos hasta la promoción de políticas de intervención jurídica en la época en que Fernando de la Rúa ocupaba el puesto de jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Fue en ese momento que el Gobierno empezó a amenazar públicamente a la gente de la aldea con el desalojo. La CHA intervino y les aseguraba a los asesores del Gobierno que no podían avanzar con el desalojo porque esas personas habían creado allí una comunidad, y que, de continuar, estarían violando sus derechos a tener un lugar donde vivir y relacionarse. Las travestis, por ejemplo, tendrían la calle como destino obligado.

A pesar de los pedidos, De la Rúa puso en marcha el plan. Primero, echó a las travestis que trabajaban en la zona roja de Palermo. Esta política de “limpieza” no tenía en consideración la condición social de las travestis ni a dónde irían a parar; la idea era dejar la ciudad con una apariencia familiar y limpia, y las travestis, en su concepción, eran inmorales, sucias y pecaminosas. Hasta se hablaba de crear cárceles específicas para travestis. Y mientras se resolvía este tema, el Gobierno iba por más. Ya había comenzado la razia en la ciudad y eso incluía el desalojo de la aldea gay.

Así, un día feriado, el Gobierno ingresó al lugar con topadoras y arrasó con todo. Diego Trerotola, en una entrevista, me cuenta lo siguiente: “La gente de la aldea llamó a César y él me llamó a mí, y desde el primer momento acompañamos a esas personas que no querían separarse, porque, más allá de que vivían en casuchas individuales –que habían hecho con mucho esfuerzo–, mantenían un lazo de comunidad”. La CHA fue fundamental en el acompañamiento de esta población vulnerable, a la que nuevamente se la dejaba de lado y se ignoraba su cultura y su forma de relacionarse.

El 5 de septiembre de 1997, en Calcuta, a los 87 años, dejó de existir la Madre Teresa, fundadora de las Misioneras de la Caridad, que durante casi medio siglo sirvió a los pobres, enfermos, huérfanos y moribundos. Unos meses antes, el 31 de agosto, había fallecido lady Diana Spencer como consecuencia de un accidente automovilístico, en el que también murió su novio, Dodi Fayed. El accidente se produjo en el túnel Del Alma, en París. El auto se estrelló a una gran velocidad mientras sus ocupantes escapaban del acoso de la prensa. La exprincesa de Gales llegó agonizando al hospital La Pitié Salpêtrière, donde ya nada pudieron hacer por ella.

La Argentina, por esa misma época, estaba candente de hechos trágicos. El vuelo 2553 de Austral Líneas Aéreas había sufrido un accidente el 10 de octubre de 1997, en el que murieron 74 personas y no hubo sobrevivientes. El vuelo se dirigía a la ciudad de Buenos Aires desde la ciudad de Posadas, en la provincia de Misiones, y se precipitó en la estancia Nuevo Berlín, en una zona rural cercana a la ciudad uruguaya de Fray Bentos.

Un mes antes, en septiembre de ese mismo año, se había celebrado un nuevo juicio por el asesinato de María Soledad Morales. Las condiciones políticas en el país habían cambiado considerablemente, y un año más tarde, el 27 de septiembre de 1998, Guillermo Luque resultó condenado a 21 años de prisión por aquel asesinato –aunque luego solo cumplió catorce años de aquella pena–, y por el mismo hecho fue condenado Luis Tula a nueve años de prisión, como partícipe secundario del delito de violación.

El adolescente Sebastián Bordón se había ido de viaje de egresados a la provincia de Mendoza. El 2 de octubre de 1997 resultó ferozmente golpeado en un destacamento del Nihuil y murió por falta de asistencia médica. Hugo Trenitini, el comisario a cargo, ordenó esconder el cuerpo para evitar que su padre lo viera. La policía proporcionó informaciones falsas para desviar la investigación mientras el cuerpo de Sebastián era colocado en el fondo de un barranco para simular un accidente. El cuerpo apareció el 12 de octubre: ese día, Sebastián iba a cumplir 19 años. Por el homicidio, seis policías y dos civiles fueron procesados y el jefe policial fue sentenciado por encubrimiento.

El desalojo: pobres y disidentes sexuales

En 1998, la Universidad de Buenos Aires y la administración de Fernando de la Rúa cerraron un convenio para dar “mejor destino” a las tierras desalojadas. Con ese fin, se llamó a un concurso de ideas, en el marco del programa Buenos Aires y el Río. Como resultado de esta iniciativa, el lugar ocupado por lxs aldeanxs sería convertido en un parque abierto. “Quieren dejar el pastito lindo y sacar a la gente. Tienen que darles sí o sí un lugar”, decía César en una entrevista publicada en el diario *Página/12*.

La CHA, que realizaba actividades sociales y culturales en la zona desde hacía un año, mantuvo reuniones con autoridades de la Secretaría de Derechos Humanos del Gobierno porteño para tratar de solucionar los problemas habitacionales y laborales de las personas de la aldea, antes de que los funcionarios recurrieran a medidas como el abrupto desalojo. En esas reuniones, las autoridades habían prometido solucionar el conflicto y no expulsar de sus hogares precarios a las personas que vivían en ese lugar. Sin embargo, a los pocos días, el compromiso fue incumpli-

do: el lunes 16 de junio de 1998, con una orden de desalojo emitida por el juez Adolfo Bagnasco, los policías de la comisaría 51 irrumpieron en la aldea gay para destruir las casas.

La violencia del caso se incrementó por el hecho de haberse ejecutado el desalojo en un día feriado, cuando las autoridades del Gobierno de la Ciudad no estaban disponibles para responder los reclamos de la CHA sobre el incumplimiento de las promesas de buscar soluciones humanitarias y pacíficas. Frente a la gravedad de la situación, el Gobierno ofreció para lxs desalojadx alojamientos temporarios en hoteles y albergues.

Lxs habitantes de la aldea, como no querían disolver la comunidad de solidaridad que habían creado a lo largo de los años, no aceptaron el ofrecimiento y, como forma de resistencia, se fueron a vivir debajo del puente ubicado en la entrada de Ciudad Universitaria, a poca distancia del lugar donde se encontraban sus casas destruidas, con el fin de seguir exigiendo una solución digna frente a la política discriminatoria.

La CHA trabajaba todas las noches con las víctimas del desalojo buscando alternativas en largas charlas. Se realizaron varios escraches contra el Gobierno de la Ciudad, que seguía sin dar respuestas razonables, pero este dio por terminado el conflicto y dejó sin soluciones –ni habitacionales ni laborales– a la población desalojada. Con el asesoramiento de la cátedra de Derechos Humanos de la Facultad de Derecho, a cargo del abogado constitucionalista Eduardo Barcesat, la CHA realizó una acción jurídica para reivindicar el derecho que todas aquellas personas tenían de habitar el predio.

“Con la CHA iniciamos una serie de acciones para devolverles la dignidad a las personas violentadas por un Estado discriminatorio y sin políticas de contención social”, denunciaba César. El diario *La Nación*, en junio de 1998, titulaba: “Los gays de la villa desalojada reciben ayuda de la comuna”. Fueron 140 las personas trasladadas, de las cuales 25 fueron ubicadas en hoteles, otras se mudaron a la provincia y algunas, que eran extranjeras, se volvieron a sus países. “De la Rúa nos desalojó”, decían los carteles que los manifestantes llevaban colgados en el pecho con la foto del jefe comunal. “Fue horrible y muy rápido. Nos dieron solo cinco minutos para agarrar nuestras cosas y comenzaron a in-

cendiar las casas”, recordó Víctor Hugo Sánchez, habitante de la aldea. “Muchos de ellos –contó César en una entrevista concedida al diario *La Nación*– se ubicaron en hoteles, pero más de treinta personas se instalaron bajo un puente situado cerca de la villa, a metros de la estación ferroviaria Scalabrini Ortiz, porque no podían entrar a las habitaciones de los hoteles con los muebles, las latas, sus perros y sus gatos”.

Finalmente, representantes de la CHA, de la “villa” y del centro de estudiantes de la uba (que apoyaban a los desalojados) se reunieron con funcionarios del Gobierno porteño y llegaron a un acuerdo: este se comprometió a mantener los hoteles y a ayudar a los “cirujas” a encontrar un galpón donde guardar y procesar las latas que recolectaban, y donde también podrían vivir las personas que no querían ir a los hoteles. Asimismo, les ofrecieron máquinas compactadoras y asesoramiento para transformar el cirujeo de latas en un microemprendimiento. Así, luego de un encuentro de dos horas, César Cigliutti libró al Gobierno de la Ciudad de la responsabilidad por el desalojo: “Los verdaderos responsables son el juez Adolfo Bagnasco y el rector de la uba”.

Luego de varias disputas, la CHA logró que se destinara una partida de dinero para pagar el alquiler de una casa grande, con muchas habitaciones, para que todos pudieran mudarse allí y seguir manteniendo las relaciones socioafectivas y de trabajo que habían consolidado. Allí también podrían mudarse junto con sus mascotas. Los hoteles no habían sido una solución porque esas personas estaban acostumbradas a vivir en comunidad y querían conservarla. César Cigliutti y Diego Trerotola, entonces, consultaron inmobiliarias y finalmente eligieron la zona de San Telmo, ya que quedaba muy cerca de la sede de la CHA, cuando esta funcionaba en la calle Bernardo de Irigoyen, casi Av. de Mayo. La cercanía respondía a una cuestión práctica, que consistía en poder asistir a todas esas personas, cuando fuera necesario, lo más rápido posible. Una de las cosas que los nuevos habitantes hicieron al llegar a la casa fue escribir en las paredes leyendas con aerosol rosa, como, por ejemplo: “Maricas unidas jamás serán vencidas”.

“La nacionalidad no determina los derechos de las personas”, era otro lema de César, que no se quedaba en palabras sino que lo

pasaba a los hechos. En la aldea gay no había lugar para la xenofobia. Reinaba el respeto en la convivencia, en la interseccionalidad de la identidad de género, la orientación sexual y entre personas migrantes y discriminadas por el color de su piel. Así fue como la chilena –que cuando salía a cirujear solía decir bromeando: “Vamos de cirujía”– terminó viviendo en la sede de la CHA, que en una época pareció un albergue para migrantes, más allá de su género o condición sexual. Muchas personas que venían de otros países o provincias, luego de haber sido violentadas por su condición no hegemónica (es decir, por no ser heterosexual, blanca, argentina o de clase media) encontraron un lugar en la CHA. Resultaba difícil, casi imposible, para las personas trans encontrar un lugar para alquilar y que las aceptaran. Era frecuente ver un departamento o una habitación de hotel disponible y que, cuando se acercaba una travesti para alquilarla, le dijeran que no había lugar.

Debajo del puente

César, siempre con algún integrante de la CHA, la mayoría de las veces con Trerotola, concurría todas las noches al puente debajo del cual se habían quedado viviendo algunas de las personas de la comunidad para acompañarlas (ese espacio territorial en disputa en el que muchas maricas y travas desalojadas de la aldea gay habían decidido resistir frente al atropello). “Cuando César salía de trabajar íbamos todas las noches al supermercado. Les comprábamos algo para comer y nos quedábamos con ellxs hasta entrada la noche, y así durante más de un mes”, cuenta Trerotola.

Miembros de la CHA que estuvieron allí la noche del desalojo recuerdan a César y a Diego tomados de la mano caminando rumbo a las topadoras, que tuvieron que desviarse del camino para no aplastarlos. El trabajo de la CHA, siempre desde una mirada humanista, no solo consistía en el acompañamiento de la comunidad, sino también en reclamarle al Gobierno de la Ciudad soluciones justas, desde los aspectos formal y jurídico. Trerotola recuerda:

Hubo gente que no resistió después de haber vivido más de un mes debajo del puente. Era duro. Nosotros íbamos, ayudába-

mos y también hablábamos, escuchábamos y aprendíamos de ellxs. Nos sentábamos alrededor de un fogón que hacíamos para calentarnos las manos, porque era invierno, y cada unx nos contaba su historia de vida: la chilena, la Robocop, Alexis. Algunas personas vivían con VIH, otras, como la chilena, habían huido de sus países de origen. La chilena solía contar historias en las que ella, supuestamente, protagonizaba la delincuencia en Chile, y acá la habían dejado para trabajar como cartonera. Salía con el carrito a recorrer la ciudad y no regresaba hasta traerlo rebalsado de objetos para reciclar y vender. Una noche apareció apuñalada, porque era penderciera. La curamos y luego se quedó a vivir en la sede de la CHA durante cuatro años. Cuando César se iba de viaje, yo me quedaba en la CHA, porque siempre tenía que haber alguien.

César y Trerotola les propusieron a todas esas personas llevar adelante un activismo horizontal, y así se convirtieron en aliadx. “Cuando decían cosas políticamente incorrectas, les mostrábamos otro punto de vista, dialogando, y así aprendían a reclamar por sus derechos: era un aprendizaje mutuo”, asegura Trerotola.